

Día Mundial de la Tierra: entre la urgencia climática y la oportunidad de transformar el desarrollo

Fuente: El Mostrador En medio de una crisis climática que avanza más rápido que las soluciones, expertos coinciden en que proteger la Tierra

exige decisiones urgentes desde la política, la economía, la ciencia y la vida cotidiana, en un planeta que -hasta ahora- tiene reemplazo. Cada 22 de abril, el Día Mundial de la Tierra instala una pregunta incómoda pero inevitable: ¿estamos haciendo lo suficiente para proteger el único planeta habitable que conocemos? En 2026, la respuesta parece tensionarse entre avances regulatorios, evidencia científica cada vez más contundente y una urgencia que supera la velocidad de las soluciones. Desde la academia, la ciencia, las organizaciones ambientales y los sistemas productivos, el diagnóstico converge: la crisis climática ya no es un escenario futuro, sino una realidad estructural que redefine la relación entre desarrollo, economía y naturaleza. Un planeta insustituible en medio del universo En paralelo al creciente interés por la exploración espacial -impulsado recientemente por misiones como Artemis II-, la Tierra se reafirma como un territorio único. Aunque la ciencia ha identificado miles de exoplanetas con características similares, las distancias hacen inviable cualquier alternativa real para la vida humana. La astrónoma Teresa Paneque lo resume con claridad: la Tierra no solo es nuestro hogar, sino también la base que hace posible toda exploración futura. Su advertencia es directa: el deterioro ambiental, impulsado por el cambio climático, la contaminación y las tensiones sociales, podría poner en riesgo esa condición. Desde una perspectiva ambiental, Greenpeace Chile coincide en que la fascinación por el espacio no puede desviar la atención de los desafíos urgentes en el propio planeta. La geógrafa Silvana Espinosa enfatiza que aún existen ecosistemas -como los océanos o los glaciares- que requieren mayor investigación y protección. “Invertir en ciencia no es un lujo, es una condición indispensable para proteger la vida”, sostiene. La crisis ambiental: una transformación en curso Las cifras respaldan la magnitud del problema. Según reportes recientes de monitoreo global, durante 2024 se perdieron cerca de 6,7 millones de hectáreas de bosque primario tropical, el nivel más alto registrado. Incendios forestales, expansión agrícola y presión sobre ecosistemas sensibles configuran un escenario crítico. Para Natalia Conejero, de la Universidad Bernardo O'Higgins, la crisis ambiental debe entenderse como un fenómeno sistémico: no se trata solo de cambio climático, sino también de pérdida de biodiversidad, contaminación y sobreexplotación de recursos. En Chile, estos efectos ya son visibles. La megasequía, el retroceso de glaciares, el aumento de incendios forestales y la inestabilidad hídrica configuran una “nueva normalidad” que impacta tanto a los ecosistemas como a la economía. Si bien el país ha avanzado en marcos normativos -como la Ley Marco de Cambio Climático, la Ley REP y la Ley de Eficiencia Energética-, el desafío sigue siendo su implementación efectiva y su traducción en cambios reales en los sistemas productivos. De la teoría a la acción En este escenario, las instituciones de educación superior emergen como actores clave. El académico Jorge Medina, del Instituto

de Ciencias Agroalimentarias, Animales y Ambientales ICA3 de la Universidad de OHiggins, plantea que las universidades deben asumir un rol activo en la transformación. “Están mandatadas a formar profesionales con mirada crítica y de sostenibilidad, pero también a actuar desde su propia gestión”, señala. Esto implica avanzar hacia campus sostenibles mediante la reducción de la huella de carbono, el uso de energías renovables y una gestión eficiente de recursos. Más allá de su impacto interno, estas acciones convierten a las universidades en “laboratorios vivos” capaces de proyectar soluciones hacia la sociedad. El potencial económico también es relevante. Modelos de economía circular podrían generar un incremento del 1,54% del PIB y hasta 33.000 nuevos empleos hacia 2030, especialmente en sectores como energía y construcción. Medidas como la reducción de pérdidas de alimentos, además, presentan una alta rentabilidad social. Uno de los debates más persistentes es la aparente tensión entre desarrollo económico y protección ambiental. Sin embargo, desde la academia el consenso comienza a cambiar. “La oposición entre sostenibilidad y desarrollo es un falso dilema”, afirma Medina. La transición hacia la carbono neutralidad no solo reduce impactos ambientales, sino que también moderniza la economía, impulsa innovación y genera empleos de mayor calidad. Conceptos como economía circular, transición energética y restauración de ecosistemas están dejando de ser marginales para instalarse como ejes estructurales del desarrollo. Más allá de las políticas públicas y los grandes acuerdos internacionales, el sistema alimentario aparece como uno de los espacios donde las decisiones individuales pueden generar impactos significativos. De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, la producción ganadera es responsable de cerca del 14,5% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero. Además, alrededor del 70% de las tierras agrícolas se destinan a esta actividad, lo que contribuye a la deforestación y pérdida de biodiversidad. El uso del agua también refleja esta presión: producir un kilogramo de carne de res puede requerir hasta 15.000 litros, muy por encima de alimentos de origen vegetal. En este contexto, organizaciones como Animal Interseccional promueven la alimentación basada en plantas como una herramienta concreta para reducir el impacto ambiental y avanzar hacia sistemas más justos. “Pensar en lo que comemos es una oportunidad real de cambio”, plantea su directora, Jesica Bon Denis. Un desafío que exige acción inmediata. Más allá de las cifras, los expertos coinciden en un punto crítico: la protección de los ecosistemas no es un lujo, sino una necesidad básica. “Son infraestructura climática”, advierte Medina, aludiendo a su rol en la regulación del clima, la disponibilidad de agua y la producción de alimentos. Su degradación, además, puede alcanzar puntos de no retorno, generando cambios irreversibles. En un contexto donde los avances regulatorios aún no logran frenar el deterioro ambiental, el Día de la Tierra deja de ser solo una conmemoración para transformarse en un llamado urgente a la acción. La evidencia científica es clara: sin acelerar las medidas de mitigación y adaptación, los impactos serán cada vez más profundos, afectando no solo al medio ambiente, sino también a la estabilidad social y económica. La conclusión, compartida desde distintas disciplinas, es tan simple como contundente: no existe un planeta alternativo. Y aunque la exploración espacial expanda los límites del conocimiento, el futuro de la humanidad sigue dependiendo de la capacidad de cuidar su único hogar. Porque, como advierte la ciencia, la curiosidad puede llevarnos lejos, pero la supervivencia sigue anclada a la Tierra.